

CIENCIA Y POLÍTICA*

Rafael PRECIADO HERNÁNDEZ

SUMARIO: I. *Cientismo o Positivismo*. II. *Ciencia y filosofía*. III. *Diversas acepciones y clasificaciones de la ciencia*. IV. *Noción genérica de ciencia*. V. *Ciencia e ideología*. VI. *Marxismo e ideología*. VII. *Individualismo liberal e ideología*. VIII. *Conclusiones*.

AL RELACIONAR la ciencia con la política, no entendemos esta última como mera técnica de las luchas por el poder; tampoco como las directrices y actividades seguidas por los gobiernos con miras a realizar los fines del Estado; pues si bien son importantes estas acepciones de la política, para entenderlas en su recto sentido tienen que fundarse y justificarse a la luz de la ciencia política, es decir, a la luz de la política como ciencia del Estado, aquí comprendidas la teoría general del Estado y la filosofía del Estado.

Si es posible hacer ciencia del mismo saber científico, de la religión, del arte, de la historia, del lenguaje, de la economía y de cualquiera otra estructura cultural o realidad natural, no se ve por qué no puede hacerse ciencia acerca del Estado.

De hecho, la historia registra numerosas obras extraordinarias de pensadores geniales, que muestran sus observaciones, ideas y conclusiones sobre la organización política. Baste con citar algunas de ellas: *La república* de Platón, la *Política* de Aristóteles, *La ciudad de Dios* de San Agustín, *Del gobierno de los príncipes* de Santo Tomás de Aquino, *De la monarquía* de Dante Alighieri, *El Leviatán* de Hobbes, *Del gobierno civil* de Locke, *Los seis libros de la República* de Bodino, *El contrato social* de Rousseau.

No debemos pasar por alto, en consecuencia, la polémica sobre el concepto de la ciencia o crítica de la misma y de sus relaciones con la filosofía y la política. Tanto porque sólo precisando el significado de estas tres categorías es posible distinguir lo que hay de científico y de filosófico en una obra que trate de la política, como porque sin una noción clara y distinta de la ciencia, tampoco es posible distinguir en un estudio sobre cual-

* Este artículo fue publicado originalmente en la *Revista de la Facultad de Derecho de México* en el número 110, Tomo XXVIII, Mayo-Agosto de 1978, pp. 473-491.

quier objeto de conocimiento, especialmente en el caso de las ciencias sociales, los juicios o enunciados científicos según las diversas acepciones de la ciencia, de los que constituyen meras opiniones, conjeturas, mitos o utopías.

Es al inicio de la filosofía moderna, con Descartes, cuando se acentúa la actitud de algunos pensadores en el sentido de negar carácter científico a las disciplinas filosóficas, oponiendo la ciencia a la filosofía como categorías irreductibles. Se considera por estos investigadores que la ciencia se refiere a un conocimiento experimental, empírico, inductivo, verificable sensorialmente, fundado en una amplia observación; en tanto que la filosofía comprende conocimientos dialécticos, discursivos, obtenidos mediante inferencias, análisis críticos y deducciones que parten de abstracciones e instituciones intelectuales.

Realmente la concepción de la ciencia fundada en experimentos o cuando menos sobre una amplia observación, parece ser tan antigua como moderna. Pues ya Aristóteles hablando de la generación de las abejas, afirmaba que “crédito debe ser dado a la observación mejor que a las teorías, y a las teorías solamente si lo que ellas afirman concuerda, con los hechos observados”.¹

Es cierto que el estudio experimental de la naturaleza conduce a un tipo de conocimiento científico en razón de su objeto, de los métodos que utiliza y del carácter de las conclusiones a que llega; pero, ¿De aquí se sigue que es el único tipo de conocimiento científico? ¿Qué no hay más ciencia que la relativa al conocimiento de las relaciones constantes observadas experimentalmente entre los fenómenos naturales? ¿No son ciencias la aritmética, la lógica y la geometría, a pesar de que no se refieren a fenómenos relacionados según la ley de causalidad?

Por eso se ha sostenido en sentido contrario que los métodos de las ciencias de la naturaleza o ciencias fenoménicas, no constituyen el único criterio de viabilidad teórica en general; pues los diferentes objetos de conocimiento, enseña Voegelin, requieren también métodos distintos. Y ejemplifica: “un científico de la política que trate de comprender el sentido de la República de Platón apenas necesitará de las matemáticas; un biólogo que estudia la estructura celular empleará demasiado los métodos de la filología clásica y los principios de la hermenéutica”.

¹ Citado en el artículo sobre la ciencia que contiene el *Syntopicon* de *Great books of the Western World*, R. Maynard Hutchins, Editor in Chief, Mortimer J. Adler, Associate Editor, The University of Chicago, Volumen I.

A lo cual agrega: el olvido de estas verdades elementales hace necesario insistir en ellas.²

También desde la más remota antigüedad se ha considerado que las disciplinas filosóficas ofrecen evidentes ejemplos de ciencia. Ya que es la filosofía la que conoce mediante los más elevados grados de abstracción, y examina ciertos enunciados que las ciencias de la naturaleza fenoménica presuponen. Conviene recordar una vez más a Aristóteles, quien decía a este respecto: “.... no habrá saber científico de las primeras premisas, y supuesto que excepto la intuición –se refiere a la intuición intelectual– nada puede ser más verdadero que el conocimiento científico, será la intuición la que aprehenda las primeras premisas; un resultado del cual se sigue el hecho de que la demostración no puede ser la fuente original de la demostración, ni, consiguientemente, el saber científico del saber científico”.³

Esos fundamentos de los postulados de las ciencias fenoménicas son objeto de disciplinas filosóficas como la lógica y la epistemología: la primera, que estudia las formas y leyes del pensamiento; y la segunda que investiga las posibilidades y límites de la facultad de conocer. Sin embargo, como hace notar Ferrater Mora, aún cuando la filosofía realiza investigaciones epistemológicas cuyos objetos principales son las proposiciones científicas, ello no significa que la filosofía sea sólo semiótica–ciencia de los signos o términos del lenguaje–, o epistemología.⁴

Además de las dos posiciones de la teoría del conocimiento o gnoseología –una que sólo admite explícitamente la ciencia fenoménica y niega validez a los conocimientos filosóficos; y la otra, que considera la filosofía como la ciencia por antonomasia y a ella subordina todas las demás ciencias–, cabe considerar de modo especial la posición del realismo-crítico, que no constituye un punto de vista ecléctico, sino que se aleja tanto del positivismo, fenomenismo o cientismo, como del idealismo conceptualista o criticismo, en lo que tiene de exclusivistas; y reconoce una gran variedad de ciencias, en razón de los diferentes grados de abstracción, de la variedad de métodos utilizados, y de los múltiples objetos de conocimiento.

² VÖGELIN, Erik, *Nueva Ciencia de la Política*, Traduc. José Emilio Sánchez Pintado, Madrid, Ed. Rialp, S. A. 1968, p. 15.

³ ARISTÓTELES, *Analítica ulterior*, Libro II, Cap. 19, último párrafo, Great books of the Western World, Robert Maynard Hutchins, Editor in Chief, Vol. 8.

⁴ FERRATER MORA, José, artículo sobre la ciencia en su *Diccionario de Filosofía*, 4ª edición, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958.

I. CIENTISMO O POSITIVISMO.

Para la mejor comprensión de estas afirmaciones, conviene recordar algunas ideas sobre el cientismo.

Esta tendencia –precisa Paul Foulquié– trata de reducir todo conocimiento válido a aquello que nos procuran principalmente las ciencias físico-químicas.

El cientismo metodológico considera el método de las ciencias físico-químicas como el único válido en los otros dominios, en particular en aquel de las ciencias que se refieren al ser humano. Lo que caracteriza la mentalidad cientista, sinónima de positivista, es la pretensión de objetivar toda causa fenoménica, de no conocer sino la realidad sensible, de integrar el mundo humano en el mundo de los objetos corpóreos.

Este positivismo cientista indica otro pensador, ha nutrido la asombrosa ambición de constituir una ciencia del hombre sin el hombre; la tentativa de hacer prevalecer en el dominio humano los determinismos de la física, de la química o de la biología, bajo control de fórmulas matemáticas; lo cual pone de manifiesto el propósito de negar la especificidad del ser humano, refiriéndolo a normas que no son las suyas.

El cientismo metafísico consiste en la creencia de que la ciencia, así entendida, resolverá los problemas que abordaba antiguamente la metafísica.

A las ciencias de la naturaleza fenoménica, la crítica de la razón histórica opone las ciencias del hombre, sosteniendo que las ciencias del espíritu no pueden ni deben imitar a las ciencias de la naturaleza, porque las realidades que ellas estudian tienen una estructura específica. La unidad psíquica es un dato primario de la observación, así como es la condición de nuestro conocimiento. La originalidad de las ciencias morales se apoya en este hecho fundamental afirma Aron.

Este grupo de disciplinas tiene por objeto al hombre en tanto que ser pensante, su comportamiento individual y colectivo, sus obras, su pasado. Aquí quedan comprendidas: la psicología, la historia –historia general, y las historias particulares de la literatura, de las artes, de la filosofía, etcétera-, la sociología, la geografía humana, la etnología.⁵

⁵ Confróntense las ideas resumidas sobre el cientismo, en el amplio estudio sobre la ciencia, contenido en el *Dictionnaire de la Langue Philosophique*, Paul FOULQUÉ con la colaboración de Raymond SAINT-JEAN.

II. CIENCIA Y FILOSOFÍA.

Sobre la distinción entre ciencia y filosofía y sus posibles relaciones, Ferrater Mora señala con acierto que hay tres posiciones fundamentales:

- 1) La ciencia y la filosofía carecen de toda relación.
- 2) La ciencia y la filosofía están íntimamente relacionadas y en el fondo se reducen a la misma cosa.
- 3) La ciencia y la filosofía mantienen entre sí relaciones muy complejas.

Quienes adoptan la primera posición, alegan: que la ciencia progresa mientras que la filosofía no progresa, ya que es un constante tejer y destejer de sistemas; que la ciencia es un modo de conocer, en tanto que la filosofía es un modo de vivir; que la ciencia se refiere al ser, a lo que es, mientras que la filosofía trata del deber ser, del valor; que la ciencia es un conocimiento riguroso y la filosofía es más bien una concepción del mundo expresable asimismo por la religión y el arte; que la ciencia sólo se refiere a fenómenos y opera mediante observación, experimentación, inferencia y deducción, en tanto que la filosofía ahonda en lo nouménico y opera a base de la intuición.

Quienes sostienen la segunda posición, consideran: que la filosofía no difiere de la ciencia sino que es una fase preliminar de ésta; que la filosofía es una ciencia igual a las otras en cuanto a la estructura de sus teorías, métodos y propósitos; que la filosofía que merece tal nombre se ocupa de problemas principalmente lógicos y semióticos, el análisis de los cuales constituye un auxilio indispensable para el desarrollo de las demás ciencias.

Y quienes parten de la tercera posición, afirman: que la relación entre la filosofía y la ciencia es histórica, la primera plantea los problemas que la segunda soluciona; que la filosofía no sólo es la madre de las ciencias sino la reina de ellas, porque conoce mediante el más alto grado de abstracción todos los seres en general y trata de los supuestos de las ciencias; que las ciencias son objeto de la filosofía, ya que hay filosofía de las ciencias, como del arte, de la religión, etcétera; que la filosofía es fundamentalmente la teoría del conocimiento de las ciencias, y también la teoría de todas las teorías; que la filosofía mantiene intercambio mutuo con las ciencias, a las que proporciona conceptos generales y análisis, mientras que éstas proporcionan a aquella datos sobre los cuales desarrolla

tales conceptos generales o lleva a cabo tales análisis; que la filosofía examina los enunciados que la ciencia presupone.

Concluye Ferrater Mora opinando que la mayor parte de estos argumentos son de carácter parcial; pues cuando se insiste en examinar los puntos de vista que adoptan estas posiciones, se advierte que es posible afirmar la existencia de relaciones complejas y variables entre la filosofía y las ciencias sin adherirse a argumentaciones unilaterales ni desembocar en un radical historicismo. Lo cual significa que estos diversos puntos de vista, lejos de ser totalmente distintos, pueden ser en muchos respectos complementarios.⁶

III. DIVERSAS ACEPCIONES Y CLASIFICACIONES DE LA CIENCIA.

Esta variedad de acepciones de la ciencia resulta fácilmente comprensible al considerar las múltiples distinciones y clasificaciones que registra la historia del conocimiento intelectual, clasificaciones que se hacen —como habrá podido apreciarse— atendiendo a las diferentes áreas de la realidad a las que se refiere el saber, o a los métodos utilizados en las respectivas investigaciones, o a los grados y fines del mismo saber.

Ya Platón distinguía la opinión del saber propiamente dicho. Y Aristóteles clasificó los saberes en teóricos, prácticos y poéticos o productivos, considerando que el objeto de los saberes teóricos es la verdad, el de los saberes prácticos la acción encaminada a un fin, y el de los saberes poéticos o productivos un objeto exterior producido por un agente.

Los estoicos popularizaron la antigua clasificación que distinguía lógica, física y ética. A este respecto, vale la pena recordar que Kant en el prefacio a sus *Fundamentos de la metafísica de las costumbres*, acoge la división considerándola “perfectamente conforme a la naturaleza de las cosas”, limitándose a exponer el principio que él considera le sirve de fundamento, en estos términos: todo conocimiento racional o bien es material y se relaciona con algún objeto, o bien es formal y no se ocupa sino de la forma del entendimiento y de la razón en sí mismos y de las reglas universales del pensamiento; la ciencia que estudia estas reglas universales del pensamiento es la lógica, la física se ocupa de las leyes de la naturaleza, y la ética de las leyes de la libertad.⁷

⁶ *Op. Cit.* En la nota 4.

⁷ KANT, Immanuel, *Fondements de la Métaphysique des Moeurs*, traducción al francés de Victor Delbos, París, Librairie Delagrave, 1939, p. 71.

Francis Bacon, en los comienzos de la época moderna, clasificó las ciencias según las facultades –memoria, razón y fantasía– en: historia, subdividida en sagrada, civil y natural; ciencia, subdividida en teología natural, ciencia de la naturaleza y ciencia del hombre (la ciencia de la naturaleza la subdividía en metafísica o estudio de las causas formales y finales, y física o estudio de las cosas materiales y eficientes; la ciencia del hombre la subdividía en lógica o ciencia de la razón, ética o ciencia de la voluntad, y ciencia de la sociedad); y por último la fantasía, daba origen a la poesía, subdividida según la poética clásica.⁸

André Marie Ampère (1775-1836), propone dividir las ciencias en cosmológicas y noológicas, según que se refieran a la materia o al espíritu. Las primeras se pueden subdividir en tres clases, según que consideren su objeto, los cuerpos, de manera abstracta, concreta o mixta, es decir, combinando los dos modos anteriores. Y la otra rama del conocimiento, a la que corresponden las ciencias noológicas, comprende cinco grupos de ciencias, en relación con otros tantos caracteres esenciales del humano: ciencias filológicas, ciencias políticas y sociales, ciencias históricas, ciencias psicológicas y ciencias metafísicas.⁹

Auguste Comte (1798-1857), clasifica las ciencias atendiendo a la complejidad creciente y a la generalidad decreciente de sus objetos, ordenándoles en una serie que comienza con la matemática, a la cual le siguen la astronomía, la física, la química, la biología y la física social o sociología.¹⁰

Para Wilhelm Dilthey (1833-1911), hay dos grandes grupos de ciencias del espíritu: a estas últimas a veces se les llama culturales, humanísticas o morales y políticas.¹¹

Wilhelm Windelband (1848-1915), divide las ciencias en nomotéticas e ideográficas. En el mismo sentido Heinrich Rickert (1836-1936), habla de ciencias generalizantes y ciencias individualizantes.

Una de las más recientes clasificaciones –según Ferrater Mora– es la de L. Tatarkiswicz, para quien todas las ciencias comienzan por tener carácter ideográfico (en el sentido de Windelband y Rickert), por lo que no es aceptable la división en ciencias ideográficas y nomotéticas. Propone por su parte dos grupos: ciencias nomotéticas, que establecen leyes, y

⁸ FERRATER MORA, José *Op. Cit.*, *Artículo sobre la clasificación de las ciencias*.

⁹ SORTAIS, Gastón, *Traité de Philosophie*, Tomo I, París, Cinquième Edition, 1949, pp. 1 a 3.

¹⁰ FOULQUIER, *Op. Cit.* En nota 5, *Artículo sobre la clasificación de las ciencias*.

¹¹ DILTHEY, Wilhelm, *Introducción a las ciencias del espíritu*, Selecta de Revista de Occidente, Traducción de Julián Marías, 2ª edición, Madrid, 1966, pp. 39 y ss.

ciencias tipológicas, que establecen tipos de fenómenos. Entre estas figuran las históricas, aunque para este autor hay ciencias tipológicas que no son históricas, como la geografía y la botánica.

El mismo Ferrater Mora, admitiendo la caducidad de las clasificaciones de las ciencias, que hay ciencias nuevas o en formación y que algunas pueden insertarse en diversos casilleros de la misma clasificación, concluye que son útiles las clasificaciones a pesar de sus inconvenientes, porque representan esfuerzos para sistematizar cuerpos dispersos de conocimientos.¹²

Por nuestra parte, pensamos que se pueden clasificar las ciencias (aquí comprendidas tanto las disciplinas filosóficas como las particulares) tomando como principio de división los diversos tipos de necesidad que expresan las leyes, o sean: necesidad física o fenoménica, que vincula dos hechos o acontecimientos o fenómenos bajo las categorías de causa y efecto, o relación de causalidad; necesidad lógica que relaciona datos u objetos ideales, como ocurre en la lógica, en las matemáticas y en la geometría; y necesidad moral que refiere los actos humanos y sus consecuencias como adecuados o inconducentes a un fin valioso. Esto nos lleva a admitir sólo tres clases o tipos generales de ciencias: físicas o fenoménicas, lógicas, y éticas; todas ellas naturales por expresar relaciones necesarias descubiertas por la razón en la naturaleza o esencia de las cosas. De acuerdo con este punto de vista, no sólo son naturales las leyes y las ciencias físicas o fenoménicas, sino también las leyes y las ciencias lógicas y éticas; y conviene aclarar en cada caso a qué tipo o clase de ley natural se alude para evitar equívocos, o sea: ley natural fenoménica, ley natural lógica, ley natural ética.

IV. NOCIÓN GENÉRICA DE CIENCIA

De acuerdo con la información anterior, podemos decir que en su sentido más amplio el concepto de ciencia significa un sistema de conocimientos intelectuales verdaderos, evidentes, comprobados o demostrados sobre un objeto, sector, o área determinados de la realidad. Es decir, se trata de un cuerpo o unidad de saberes intelectuales, de un conjunto de juicios encadenados o relacionados lógicamente sobre un objeto de conocimiento.

¹² FERRATER MORA, José *Op. Cit.*, en nota 4, *Artículo sobre la clasificación de las ciencias*.

Vendrá luego la distinción de las ciencias atendiendo a diversos principios de división, como pueden ser: las diferentes áreas de lo real –minerales, vegetales, seres humanos, sustancias corpóreas, acontecimientos, objetos inmateriales, grupos o sociedades animales o humanas–; los diversos grados de abstracción –como ocurre en las ciencias descriptivas, que de los saberes de objetos individuales pasan a considerar cualidades comunes; o bien, como lo hacen las ciencias matemáticas que prescindan de las cualidades de los seres y fijan sus atención exclusivamente en su magnitud o cantidad; o como proceden las disciplinas filosóficas que buscan un saber –límite superior, con miras a lograr la síntesis plenaria del conocimiento racional–; o los métodos predominantes en las respectivas investigaciones –reductivos o inductivos, deductivos, analíticos, sintéticos, fenomenológicos–; o los diversos tipos de necesidad que expresan las leyes comprendidas por las diversas ciencias.

Tomando en cuenta estos diversos principios de división, tipificación o clasificación de las ciencias, cabe distinguirlas también en: geológicas, fenoménicas, matemáticas, filológicas, sociales, históricas, psicológicas, lógicas, éticas, filosóficas.

No parece razonable oponer globalmente las numerosas disciplinas filosóficas bajo la categoría única de filosofía, a las múltiples ciencias no filosóficas bajo la categoría exclusiva de ciencia; ni mucho menos reducir el significado de ciencia, a los conocimientos obtenidos por las vías de la observación y experimentación sensoriales, acerca de las relaciones constantes entre los fenómenos físico-químicos, partiendo del postulado o hipótesis conocida como ley de causalidad.

En todo caso, para calificar como científico un cuerpo de saberes, lo razonable parece ser comenzar por analizar, precisándolas, las notas características de esos conjuntos de conocimientos que se consideran científicos por quienes cultivan su capacidad racional y se dedican a la investigación. Es cierto que no todos los pensadores o investigadores coinciden en señalar las mismas características de los científicos, entendiéndolas con el mismo significado; pero no menos cierto es que a través del intercambio de opiniones y de una crítica rigurosa y honrada, se ha llegado a un mínimo acuerdo, que no vale por el consenso que implica sino por los datos y razones que lo fundan. Así, los numerosos pensadores dotados de auténtico espíritu científico –el cual se nutre de amor a la verdad, de sinceridad intelectual, de penetración y profundidad–, han construido y siguen construyendo imponentes sistemas de saberes intelectuales, en relación con los variadísimos objetos de conocimiento, sistemas que alimentan el ya caudaloso río que constituye la estructura

tan el ya caudaloso río que constituye la estructura cultural de la ciencia en su sentido más amplio.

Las características de la ciencia en ese sentido amplio o genérico se expresan con los conceptos a que antes aludimos: toda ciencia constituye un sistema de conocimientos intelectuales verdaderos o con un alto grado de probabilidad, evidentes, comprobados o demostrados, sobre un objeto determinado. Sabemos que se cuestionan, tanto el criterio de la verdad, de evidencia, de verificación, de demostración y de objeto; pero también sabemos que siempre se han rechazado como anticientíficos el agnosticismo y el escepticismo absolutos por irracionales, ya que sobre ellos no se habría podido construir la realidad cultural de la ciencia; e igualmente sabemos que los problemas planteados en torno a las características de la ciencia y las soluciones dadas a tales aporías, no consisten en meros interrogantes, afirmaciones o negaciones, sino en argumentaciones fundadas lógicamente que permiten formular juicios comparativos y percibir de este modo la validez de algunos de ellos.

Demos algunas explicaciones acerca de estos conceptos con que se caracteriza la ciencia.

Por sistema –enseña Brugger– se entiende una multiplicidad de conocimientos articulados según una idea de totalidad.¹³

Por totalidad no hay que entender en este caso un todo concreto, sino una pluralidad de juicios interdependientes en cuanto a su fundamentación experimental, o axiomática, relativos al mismo objeto de conocimiento. La idea de totalidad significa así, no una suma de proposiciones o juicios independientes, sino un orden, que a su vez constituye una pluralidad reducida a unidad. Conocimientos aislados o inconexos no integran un sistema.

Por conocimiento intelectual entendemos, no el conocimiento sensible que nos proporcionan los sentidos externos –vista, oído, olfato, gusto y tacto– mediante las sensaciones y que se traducen en imágenes, individuales y concretas, como individuales y concretos son los seres o realidades a que las mismas se refieren; el conocimiento intelectual es siempre abstracto, inmaterial y tiene cierto grado de generalidad. Es a base de conceptos o ideas, que no es posible confundir con las imágenes, como se hace la ciencia. En los conceptos e ideales el espíritu aprehende o capta datos y relaciones inteligibles de los seres u objetos extramentales, datos y vínculos que no se ven, ni se tocan, ni se oyen, ni se pesan y que tienen

¹³ BRUGGER, Walter, *Diccionario de Filosofía*, Barcelona, Edit. Herder, 1962.

un mayor o menor grado de generalidad. El conocimiento sensible es presupuesto o fuente del conocimiento inteligible, pero no se identifica con éste, del mismo modo que las imágenes no se convierten en conceptos o ideas. Si las sensaciones producen imágenes, los conceptos o ideas, en cambio, son resultado de la actividad mental, del intelecto operando sobre imágenes.

También sobre verdad –criterio y fin específicos de la ciencia– se discute ampliamente. Sin embargo, no es posible negar que todo conocimiento intelectual implica una relación entre un objeto y un sujeto, entre una realidad a la que intencionalmente se proyecta la mente de un sujeto cognoscente, y el concepto o la idea con que el intelecto percibe lo inteligible del objeto. La verdad consiste en la adecuación entre estos dos extremos de la relación; por lo cual se dice que la verdad es la adecuación entre el pensamiento y la cosa. Y se distinguen dos tipos o especies de verdad, según la dirección en que se considere la adecuación: si es la cosa la adecuada al pensamiento, como ocurre en el caso del artefacto inventado que corresponde al pensamiento del inventor, estaremos en presencia de la verdad ontológica; si por el contrario, es la idea o el juicio del sujeto que contempla la cosa, los que corresponden adecuadamente a lo que hay de inteligible en esa cosa, estaremos en presencia de la verdad lógica. Mas un conocimiento intelectual cuya falsedad es evidente, o se comprueba, o se demuestra, no es científico.

En cuanto a los conceptos de evidencia, comprobación y demostración, si bien se combinan entre sí y aluden más que a los conocimientos científicos considerados en sí mismos, a los modos, medios o caminos para establecer su validez, conviene comprenderlos como característicos de la ciencia, entre otras cosas, para subrayar la naturaleza dinámica de ésta. La ciencia no es un todo concluido y cerrado sino abierto a continuos desarrollos y replanteamientos; de ahí la gran importancia que tienen los métodos de investigación científica y los medios o instrumentos que utiliza ese hacer cultural, como son la intuición intelectual o evidencia, la comprobación o verificación, y la demostración e inferencia.

Finalmente, usamos la expresión *objeto determinado*, no porque neguemos la existencia de seres o realidades extramentales, o reduzcamos tales realidades a las impresiones que producen o provocan en nuestro ser, sino porque tampoco percibimos o captamos íntegramente esas realidades. Como reconoce humildemente Bochénski, “la realidad es enormemente compleja y la verdad sobre ella tiene también que ser de enorme complejidad. Sólo por largo y fatigoso trabajo puede el hombre asimilar

algo de ella; no mucho, pero sí algo”.¹⁴ Así se piense en la suma de todas las ciencias, filosóficas y particulares, la ciencia humana jamás abarca la estructura inteligible, completa, de la realidad. Sólo versa, por tanto, sobre objetos determinados, sobre aspectos de la realidad.

V. CIENCIA E IDEOLOGÍA

A la luz de estas ideas sobre la ciencia en sentido genérico —aquí comprendidas tanto las disciplinas filosóficas como las ciencias particulares—, no es correcto usar las nociones de ciencia e ideología como nociones equivalentes; pues por ideología se ha entendido, por Destutt de Tracy (1754-1836), quien parece fue el primer pensador que utilizó este concepto, la ciencia de las ideas en un sentido muy general, aun cuando limitaba el significado del término “ideas”, a los estados de conciencia. El término ideología estaba destinado por su creador a reemplazar el de “psicología”, que según él tenía el inconveniente de suscitar la referencia al alma.¹⁵

Napoleón Bonaparte llamaba despectivamente ideólogos a los pensadores que reducían la filosofía a ideología y eran sus adversarios. Y también Marx y los marxistas llaman ideologías a las concepciones filosóficas y políticas de sus adversarios.

Según Ferrater Mora,¹⁶ la historia registra tres diferentes acepciones del término ideología:

La primera comprende la disciplina filosófica que estudia las ideas, hace el análisis de ellas y las clasifica. Aun cuando originalmente tal análisis se relacionaba con el examen de las facultades psicológicas, también entendía por ideas las categorías gnoseológicas. Por eso este punto de vista tan amplio condujo a corrientes diversas de la misma disciplina, incluso se aplicó a problemas ético-políticos cuyas soluciones trataba de fundamentar científicamente.

La segunda acepción se refiere a una concepción filosófica-sociológica que trata de expresar a través de ideas la estructura interna de la sociedad, aquí incluidas las aspiraciones no coincidentes con la realidad. Este idealismo, vinculado a la conciencia como base de toda representación, cuando no refleja lo real sino algo que se sitúa frente a lo real, hace posible la

¹⁴ BOCHÉNSKY, J. M., *Introducción al pensamiento filosófico*, Barcelona, Ed. Herder, 1975, p. 42.

¹⁵ *Dictionnaire de la Langue Philosophique* de Paul FOULQUIÉ con la colaboración de Raymond SAINT-JEAN, Presses Universitaires de France, París, 1962.

¹⁶ Artículo sobre ideología en su *Diccionario* cit. en N. 4.

falsa conciencia, la cual sometió Hegel a un análisis fenomenológico, y Marx presentó como posibilidad de enmascaramiento u ocultación de los propósitos de una clase social en perjuicio de otra en las relaciones socio-económicas.

La tercera acepción entiende por ideología el núcleo de ideas que están en la base de una concepción o teoría de la realidad, comprendida ésta como la totalidad de lo dado como ontología. Sin embargo, no hay correspondencia entre la ideología y la teórica ontológica; pues la ontología puede abarcar mayor número de entidades que las ideas incluidas en la ideología; es decir, una ideología puede tener ideas que no tienen correlatos ontológicos, y también dos teorías pueden referirse a la misma ontología y tener distintas ideologías.

Más corrientemente se entiende por ideología: un sistema coherente de ideas, de opiniones o de creencias, que un grupo social o un partido presentan como una exigencia de la razón, pero cuya motivación efectiva se encuentra en el propósito de justificar empresas destinadas a satisfacer aspiraciones interesadas.

Parece razonable definir la ideología en la actualidad como lo hace Kwant, diciendo que “una ideología es un complejo de ideas al cual se asigna verdad, no en razón de la fuerza interna de convicción que ellas tengan, sino a causa del interés práctico salvaguardado y protegido por esas ideas”.¹⁷ Aún cuando esta noción coincide con lo que piensa Marx acerca de la ideología, el mismo autor advierte que la ideología no es una idea típicamente marxista, si bien el concepto con este significado, ha sido formulado especialmente por la filosofía marxista y es usado más frecuentemente por los marxistas que por otros. Sin embargo, el concepto es mucho más antiguo que el marxismo mismo, ya que va implícito en este dicho clásico: “Quae volumus, libenter credimus”, o sea que creemos de buena gana lo que armoniza con nuestros deseos, pues los seres humanos nos inclinamos a admitir o tener como verdadero lo que está de acuerdo con, o apoya nuestros intereses.

Un interesante ejemplo de ideologías opuestas en la vida social y de sus consecuencias contradictorias, nos lo proporciona la obra *Poder Político, USA-URSS* al referirse a la agricultura en esos dos países. En 1963, las últimas estadísticas soviéticas explicaban que en menos del 4% de la zona sembrada, que era propiedad privada, los campesinos producían el 46% de la carne que se consumía en la Unión Soviética, el 45% de la leche, el 78% de los huevos y el 45% de los vegetales, resultando así nota-

¹⁷ KWANT, Remy C., *filosofía social*, traducción de la doctora Mercedes Bergadá, Buenos Aires, Ediciones Carlos Lohlé, 1969, p. 12.

blemente más alta la productividad en el sector privado que en el sector socializado.

En cambio, en los Estados Unidos de América la agricultura fue escindiéndose cada vez más en un pequeño número de granjas grandes, eficaces y productivas, y en un gran número de granjas pequeñas e ineficaces. En 1959, 102,000 granjas, menos del 3% del total, producían casi un tercio (el 31.5%) de las ventas agrícolas.

Esto, porque la ideología soviética proclama la necesidad de abolir la distinción entre el campo y la ciudad, adaptando una organización de estilo fabril a la granja agrícola; en tanto que la tradición norteamericana sigue creyendo que el granjero independiente es moralmente superior al trabajador de la ciudad, pensando con Jefferson que el “agrarian way of life” es el “american way of life”.

El resultado es que las granjas más eficaces en los Estados Unidos de América, son las organizadas conforme al planteamiento industrial que constituye el ideal de la agricultura soviética; mientras que los productores más eficaces en la Unión Soviética, son los campesinos que con sus parcelas representan la iniciativa individual y el propio interés, que integran el ideal de la agricultura norteamericana.¹⁸

Por tanto, se trata de dos sistemas fundados, no en conocimientos racionales, científicos, sino en creencias, en los ideales de organización de la agricultura proclamados por Jefferson y Stalin.

Como concluyen en su documentado estudio los autores citados: “Cada sistema podría aprender del otro; pero la ideología socialista y el mito agrario han convertido en héroes a las escasamente productivas granjas colectivas soviéticas y a la granja familiar a pequeña escala norteamericana”.

VI. MARXISMO E IDEOLOGÍA

En el análisis crítico que hace Karl Federn¹⁹ de la concepción materialista de la historia, especialmente en los capítulos que dedica al estudio de la dialéctica histórica y al papel desempeñado en la historia por la economía, muestra lo poco que hay de científico en la tesis de Marx, la cual trata de

¹⁸ BRZEZINSKY, Z. y HUNTINGTON S., *Poder político, USA-URSS*, tomo II, pp. 432 y ss., Traduc. de José Miguel Velloso, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1970.

¹⁹ FEDERN, Karl, *La concepción materialista de la Historia*, traducción del inglés por Carlos María Reyles, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires-México.

explicar las interconexiones reales y los eslabones causales de los factores que actúan en la historia.

Nos recuerda este autor que para Marx la evolución histórica es dialéctica, es decir, que procede por una serie de contradicciones –tesis y antítesis– que se disuelven en una forma más alta, en una síntesis que da lugar a otra antítesis, que se resolverá en una nueva síntesis y así sucesivamente.

Sin embargo, para Federn esta construcción del desarrollo dialéctico es insostenible; pues es falso que la evolución histórica proceda invariablemente por una serie de contradicciones. Si se comparan las principales corrientes y tendencias en la historia europea desde el fin de la época antigua – el desarrollo económico, la expansión de la cristiandad, el surgimiento de la Iglesia, el desarrollo intelectual y artístico, la lucha continua entre la libertad y la autoridad, la revolución y la reacción –, se advierte claramente que la evolución en todas las esferas de la vida procede, unas veces mediante el tránsito de un estado o una tendencia al estado o tendencias opuestas, y otras, en línea recta e ininterrumpida; muy lentamente y pacíficamente en ocasiones y a pasos rápidos en otros casos, mediante una serie de conflictos violentos y catastróficos. Marx explica la realidad social a la manera de Hegel. Su teoría no fue el resultado de un estudio completo de la historia como lo creyó, no la encontró por inducción sino que simplemente adoptó una teoría hegeliana aplicándola a sus opiniones materialistas. Todo el materialismo histórico es de carácter deductivo. Si para Hegel “el desarrollo dialéctico aparente en la naturaleza y en la historia es sólo una copia, una mascarilla, como quien dice, del autodesarrollo de la idea”, para Marx, en cambio, los sucesos históricos reales son fundamentales; según él la concepción dialéctica sólo es un reflejo consciente del “desarrollo dialéctico en la realidad”.

A fin de disfrazar el hecho de que el clamor para conseguir una distribución más justa y humana de los bienes es de carácter moral, y que el socialismo persigue una finalidad moral, Marx declara que se trata de una necesidad lógica y llama a su teoría política socialismo “científico”. Pero como hace notar Federn, el mismo Marx muestra en el capítulo XXIV de *El Capital*, que el capitalismo moderno fue creado principalmente por la fuerza y la violencia; que deriva su origen de cuatro fuentes: 1) de la incautación de las tierras de la Iglesia; 2) de las expropiaciones de los campesinos en Italia, España, Inglaterra y otros países en los siglos XV y XVI; 3) de la importación de grandes cantidades de oro procedentes del Nuevo Mundo, obtenidas mediante la opresión y explotación de los nativos; y 4) de los grandes empréstitos de los gobiernos que significaron

inmensas ganancias para los banqueros. Lo cual prueba que no han sido las “fuerzas productoras” ni las “condiciones de la producción” los factores causales fundamentales en la historia.

“Fue el intelecto humano –sostiene Federn– el que desde el principio inventó los instrumentos y determinó los métodos de producción... la producción se debe a la necesidad; los métodos de producción dependen únicamente del grado y del desarrollo intelectual adquirido por la humanidad; el poder y el intelecto se combinan para determinar quién debe hacer el trabajo así como la distribución del producto”. Y concluye: el intelecto y el poder parecen ser los dos factores causales que, en todo el curso de la historia determinaron el estado económico y político de la humanidad.

Para este autor, el fragmento de verdad contenido en la doctrina de la dialéctica histórica, consiste en que partiendo del conflicto de opiniones e intereses contradictorios, así como de su análisis y discusión, se llega a un nuevo conocimiento en el plano teórico y a nuevas instituciones en la esfera práctica.

Marx califica su concepción socialista como “científica” en oposición al socialismo de la época anterior, al que considera “utópico”. Pero, ¿realmente es científico el socialismo marxista? Como hace notar ciertamente García Pelayo, no hay que dejarse impresionar por el vocablo científico; pues este término y la idea que expresa, “en el contexto del siglo XIX es algo que tiene de todo menos de neutral, es, sociológicamente visto y políticamente explotado, un concepto polémico orientado contra un enemigo concreto, constituido por las creencias religiosas y por el conjunto de instituciones políticas, sociales y de otra especie, que se consideraban estructuralmente vinculadas a ellas”.²⁰ Lo cual no implica desconocer lo que el marxismo tiene de científico, y tampoco pretende ignorar la importancia que algunas de sus tesis han tenido en el desarrollo de la teoría económica, de la sociología y de la historiografía. Otras tesis de Marx, por el contrario, son falsas, ideológicas y algunas hasta utópicas; por tanto, no científicas.

Así, la explicación colectivista de la naturaleza de la sociedad que nos da el materialismo histórico, es claramente falsa en sus afirmaciones básicas. Vale la pena transcribir en lo conducente el famoso pasaje de Marx en el cual la formula:

“El resultado general al que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción so-

²⁰ GARCÍA PELAYO, Manuel, *Mitos y símbolos políticos*, Madrid, taurus Ediciones S. A., 1964, p. 41.

cial de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta ahí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella... A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana”.²¹

Fácilmente puede apreciarse que la tesis fundamental de Marx es que el modo de producción de la vida material, la economía, condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. Pero, ¿qué factores intervienen para establecer un modo determinado de producción histórico? ¿Esos factores se reducen a relaciones necesarias e independientes de la voluntad de los hombres? Si esto fuera así, los hombres no serían protagonistas de la historia, sino autómatas que en el mejor supuesto se moverían de modo semejante a las bestias, a los animales, a los que empuja, por decirlo así, el instinto. Mas tal cosa la rechaza el propio Marx, al sostener: “El animal es uno con su actividad vital. No distingue a la actividad de sí mismo. Pero el hombre hace de su actividad vital misma un objeto de su voluntad y de su conciencia. Tiene una actividad vital

²¹ Preferido a la *Contribución a la crítica de la economía política*, citado por FROMM, Erich, *Marx y su concepto del hombre*, México, F.C.E., 3ª. reimpresión, 1970, p. 28 a 30.

consciente. No es una determinación con la que se identifique completamente. La actividad vital consciente distingue al hombre de la actividad vital de los animales. Sólo por esta razón es su actividad una actividad libre”.²²

VII. INDIVIDUALISMO LIBERAL E IDEOLOGÍA

También en el individualismo liberal, posición teórica y práctica que comúnmente se opone al socialismo marxista y a la cual se atribuyen los excesos del capitalismo, aparecen mezclados juicios y tesis científicos con numerosos postulados ideológicos.

El individualismo, como convicción teórica, exalta el poder de la razón; de ahí que se considere como su iniciador a René Descartes, quien a menudo es llamado “Padre de la filosofía moderna” de signo idealista, dada la influencia que ejerció su pensamiento sobre las generaciones siguientes. En su *Discurso del método* comienza consignando esta observación: “el buen sentido es la cosa que mejor repartida está en el mundo”. Y luego funda esta aseveración en otra afirmación desconcertante: “cada uno piensa estar tan bien provisto de él, que aún aquellos más difíciles de contentar en todo lo demás, no suelen desear más del que ya tienen”. Pensó entonces que la diferencia entre la verdad y el error, obedecen al uso que cada hombre hace de su buen sentido, “pues no basta ciertamente tener un buen entendimiento, sino que lo principal es aplicarlo bien”. Así que el punto crucial es encontrar el método correcto, que para él fue el analítico-sintético de la duda metódica, cuyas reglas precisó en los siguientes términos: 1) no aceptar cosa alguna como verdadera sin conocerla evidentemente, de suerte que no tuviera ocasión de ponerla en duda; 2) dividir cada una de las dificultades que examinase, en tantas parcelas como fuera posible y necesario para resolverlas mejor; 3) conducir por orden los pensamientos, comenzando por los objetos más sencillos y fáciles de conocer para subir poco a poco como por grados hasta el conocimiento de los más complejos; y 4) hacer en todo enumeraciones tan completas y revisiones tan generales hasta tener la seguridad de no omitir nada.

Al exponer estas reglas, indicó que no era su propósito enseñar el método que cada cual debería seguir para dirigir bien su razón, sino solamente hacer ver de qué manera él había tratado de conducir la suya. Más adelante, en la ciudad de Regensburg, le impresionó este pensamiento:

²² MARX, *Manuscritos económico-filosóficos*, Apéndice I de la obra de FROMM, *cit.*, en nota anterior, p. 111.

hay menos perfección en las cosas realizadas por varios que trabajan juntos, que en aquella que es hecha por un solo individuo. Así, las naciones que en el curso de los siglos han tenido que crear su orden de vida, están peor que aquellas que desde el comienzo recibieron su ordenamiento de un único legislador capaz. De esta manera llega Descartes a la idea de que lo deseable en todos los campos, posibles, es demoler lo existente con su característico desorden y reemplazarlo por algo nuevo planeado por un genio singular.

Ahora bien, “Una renovación –como lo hace notar Kwant al referirse al individualismo filosófico de Descartes– no la lleva a cabo fácilmente un grupo masivo, sino más bien personas individuales que, llevadas por la corriente común de la vida, pueden elevarse por encima del grupo. Si se produce una renovación, la razón de ello es que determinados individuos, si bien llevados por la corriente común de la vida, asumen personalmente esa corriente para examinarla y criticarla y tratar entonces de darle una nueva dirección”.²³

Esto fue precisamente lo que hizo John Locke (1632-1704), a quien se reconoce como el fundador del liberalismo, del individualismo político. En su época había dos teorías contrapuestas respecto de la monarquía: la de la monarquía absoluta, según la cual el rey encarna al país y su bienestar, es el soberano, y por lo mismo no está sujeto a nadie; y la de la monarquía constitucional, para la cual, en cambio, tanto el rey como sus súbditos están sujetos a la Constitución, y consiguientemente los ciudadanos pueden invocar los derechos que les garantiza la Constitución, reclamándolos contra el rey. Locke se decidió a favor de la causa de la monarquía constitucional, la que resultó victoriosa cuando Guillermo III ascendió al trono.

Para Locke el hombre es un ser razonable y la libertad es inseparable de la felicidad. No hay felicidad sin garantías políticas y toda política tiende a ampliar una felicidad razonable.

Locke estima que la propiedad privada existe en el estado de naturaleza. Los hombres salen del estado de naturaleza y constituyen una sociedad civil “cuyo fin principal es la conservación de la propiedad” y la seguridad de los demás derechos naturales. Leyes, jueces y una policía: esto es lo que falta a los hombres en el estado de naturaleza y lo que les proporciona el gobierno civil.

Considera Locke que todo poder, para ser político, debe ser ante todo, justo. Si el poder perjudica los derechos naturales, especialmente a la li-

²³ KWANT, *op. cit.*, en N. 17, pp. 23 a 28.

bertad y a la propiedad, los gobernados tienen el derecho a sublevarse. Este derecho de resistencia no tiende a realizar las aspiraciones populares sino a restaurar el orden establecido, es un medio para hacer reflexionar a los gobernantes y para hacer respetar la legalidad.

Separa este pensador lo temporal de lo espiritual, e insiste en que las opiniones religiosas “tienen un derecho absoluto y universal a la tolerancia”. Se declara partidario de un “cristianismo razonable”, cuyos dogmas puedan ser demostrados por la razón.

Con razón ha dicho Touchard²⁴ que “el ideal político de Locke concuerda con el de la clase media en expansión; que es complejo, ya que comprende la defensa de la propiedad privada, un llamamiento a la moral, la preocupación por un poder eficaz y justo, y la necesidad del consentimiento del pueblo, un individualismo que se inclina ante la mayoría, racionalismo, tolerancia y dogmatismo”.

VIII. CONCLUSIONES

La ejemplificación con los sistemas y teorías políticos que hemos expuesto someramente, muestra la importancia que tiene establecer el concepto genérico de ciencia, distinguiéndolo del concepto de ideología; pues sólo así puede apreciarse en una concepción política, lo que en verdad tiene de científica, y lo que en realidad es ideológico, convencional o epocal. Esto sirve también para precisar el objeto propio de la ciencia política, cuyos principios fundan la variedad de los sistemas de técnica política. Todo lo cual justifica que se considere a la ciencia como un concepto político fundamental.

Finalmente, en relación con las dos concepciones políticas actuales consideradas en este estudio a la luz del concepto genérico de ciencia, conviene recordar que en todo error hay casi siempre algún fondo de verdad. Así puede decirse que ocurre, tanto en el caso del socialismo como en el del individualismo; pues una concepción realista y razonable del ser humano tendrá que admitir que en él observamos dos dimensiones, una individual y la otra social. El individualismo acentúa o enfatiza unilateralmente la importancia de la dimensión individual de los seres humanos en los variados campos de la política, de la filosofía, de la pedagogía, de la economía y de la ética, aquí comprendida la vida de la fe. En tanto que el socialismo, especialmente en su versión marxista, exagera también uni-

²⁴ TOUCHARD, Jean, *Historia de las ideas políticas*, Madrid, Editorial Tecnos, 1975, pp. 294 y ss.

lateralmente la influencia de los factores sociales en el desarrollo progresivo de la vida humana.

Si bien es cierto que la persona humana, el ser humano real, viviente, concreto, existencial, está condicionado en alguna medida por el ambiente social en el cual nace y se desarrolla, no menos cierto es que ese ambiente puede ser transformado por el esfuerzo, por la actividad consciente, voluntaria y libre de personas humanas que no operan como autómatas, ni solamente movidos por el instinto como los animales irracionales. De ahí que cada vez se afirme más la concepción política del personalismo-comunitario, la cual conjuga en lo social, armónicamente, libertad y necesidad.